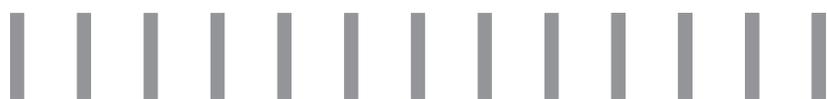


||| LAS |||
ABEJAS



LALINE PAULL

PÁGINAS DE MUESTRA

 Colmena Ediciones

UNO

La celdilla la aprisionaba, el ambiente era cálido y fétido. Le ardían todas las articulaciones del cuerpo debido a la frenética contorsión contra las paredes, tenía la cabeza presionada contra el pecho y las patas acalambradas, pero su lucha había funcionado: una de las paredes parecía haberse vuelto más frágil. Empujó con todas sus fuerzas y sintió que algo crujía y se rompía. Forzó y rasgó hasta que abrió un agujero que daba al exterior.

Se arrastró por el agujero y cayó al suelo de un mundo extraño. Un zumbido rugió en su cerebro, una vibración atronadora sacudió el suelo y mil olores la aturdieron. Tan solo podía respirar mientras la vibración y el zumbido disminuían gradualmente y el olor se evaporaba en el aire. Se le desentumeció el cuerpo rígido y se calmó conforme el conocimiento, de algún modo, llegaba a su mente.

Estaba en la Sala de Llegadas y era una obrera.

Pertenecía al grupo Flora y su número era el 717.

Lo primero que hizo fue disponerse a limpiar su celdilla. En su lucha por salir había roto toda la pared delantera, no como sus vecinas, más comedidas. Las había observado y había seguido sus pasos, amontonando los desechos ordenadamente. La actividad despertaba sus sentidos; comprobó la vastedad de la Sala de Llegadas y cómo la vibración del aire cambiaba.

Filas y filas de celdillas como la suya se extendían en la distancia, y estas permanecían tranquilas, como si sus ocupantes siguieran dormidas. A su alrededor había mucho movimiento, muchas cámaras rotas y vaciadas y muchas más resquebrajándose y cayendo conforme llegaban nuevas abejas. También captó los olores de sus vecinas, algunos más dulces, otros más fuertes, todos agradables.

Dando pasos erráticos en el suelo, una joven hembra apareció corriendo por el pasillo entre las celdillas, con expresión nerviosa.

—¡Alto! —Unas voces severas reverberaron a ambos lados del pasillo y un fuerte olor desapacible se elevó en el ambiente. Todas dejaron de moverse, pero la joven abeja se tambaleó y cayó delante de la pila de desechos de Flora. Se dirigió a los restos de su celdilla rota y se colocó a un lado, con sus pequeñas patas alzadas.

Envueltas en un aroma amargo que escondía sus rostros y las hacía parecer idénticas, unas figuras oscuras caminaban a zancadas por el pasillo en dirección a Flora. La apartaron a un lado y arrastraron a la joven abeja que lloriqueaba. Al ver sus guantes con púas, un espasmo de miedo sacudió a Flora. Eran policías.

—Te has escaqueado de la inspección. —Una de ellas agarró las alas de la joven mientras otra examinaba las cuatro membranas todavía húmedas. El borde de una estaba reseco y ajado.

—Perdón —gritaba—. No volaré, serviré de cualquier otro modo...

—La deformidad es mala. No está permitida.

Antes de que la abeja pudiera articular palabra las dos oficiales tiraron de su cabeza hasta que se oyó un crujido. La joven colgó inerte y su cuerpo fue abandonado en el pasillo.

—Tú. —Una peculiar voz ronca se dirigió a Flora y esta no supo quién le hablaba. Se quedó mirando los ganchos negros que tenían las policías en las pantorrillas—. Quieta. —De sus guantes brotaron unos calibradores negros que le midieron el peso—. Es demasiado distinta. Anormal.

—Eso es todo, oficiales. —Ante la voz amable y el fragante aroma, los policías soltaron a Flora. Se inclinaron ante una abeja alta y estilizada con un rostro hermoso.

—Hermana Salvia, esta es muy fea.

—Y demasiado grande.

—Eso parece. Gracias, oficiales, pueden irse.

La hermana Salvia esperó a que se marcharan. Le sonrió a Flora.

—Es bueno temerles. No te muevas mientras leo tu identidad...

—Soy Flora 717.

La hermana Salvia levantó las antenas.

—Una obrera limpiadora que habla. Muy interesante...

Flora miró su rostro dorado con sus enormes ojos oscuros.

—¿Me va a matar?

—No le hagas preguntas a una sacerdotisa. —La hermana Salvia recorrió con las patas la cara de Flora—. Abre la boca. —Miró dentro—. Tal vez. —Inclinó la cabeza encima de la boca de Flora y le dio una gota dorada de miel.

El efecto fue inmediato y asombroso. La mente de Flora se aclaró y su cuerpo se fortaleció. Comprendió que la hermana Salvia quería que se mantuviera en silencio y que tenía que hacer lo que ella le dijera.

Mientras recorrían el pasillo se dio cuenta de que las abejas evitaban mirarla y se mantenían ocupadas, y de que el cuerpo inerte de la joven obrera iba por delante de ellas; una abeja oscura y encorvada la llevaba en la boca. Había otras muchas del mismo tipo, todas se movían por los laterales del pasillo. Algunas llevaban bultos de cera sucia, otras limpiaban las celdillas rotas. Ninguna levantó la mirada.

—Son tus hermanas. —La hermana Salvia siguió la mirada de Flora—. Todas mudas. En breve te unirás a ellas en las instalaciones sanitarias y prestarás un valioso servicio a nuestra colmena. Pero primero, un experimento privado. —Le sonrió—. Ven.

Flora la siguió con gusto, todo recuerdo del asesinato se perdió ahogado en su anhelo de probar más miel.

DOS

La sacerdotisa caminó rápidamente por el tenue pasillo de la Sala de Llegadas. Flora la siguió de cerca, registrando en su cerebro cada sonido y cada olor mientras sus parientes salían de sus cámaras. Otras muchas obreras limpiadoras se movían por el pasillo con montones de cera sucia. Al percibir el característico olor y ver que evitaban cualquier contacto visual, Flora se acercó más a la hermana Salvia y a su fragante aroma.

La sacerdotisa se detuvo con las antenas elevadas al final de la Sala de Llegadas, donde terminaban las numerosas filas de celdillas y una gran puerta hexagonal conducía a una cámara más pequeña. Un estallido de aplausos en el interior originó un nuevo y excitante aroma. Flora levantó la mirada y observó a la hermana Salvia.

—Es un mal momento —dijo la sacerdotisa—. Debo ir a presentar mis respetos. —Una vez dentro, dejó a Flora esperando junto a la pared y se dirigió al frente de la multitud de abejas. Flora observó mientras, una vez más, las

abejas estallaban en aplausos, reunidas ante la entrada de una celdilla todavía intacta.

Flora observó la preciosa estancia. Era evidente que se trataba de una Sala de Llegadas para las abejas más favorecidas; se organizaba alrededor de filas de celdillas centrales, cada una formada por seis compartimentos individuales grandes y maravillosamente tallados. La hermana Salvia estaba en el comité de bienvenida delante de uno de ellos. Había abejas que llevaban fuentes con pastas y jarras llenas de agua con néctar. El delicioso aroma hizo que a Flora le entrase hambre y sed.

Del interior de las paredes del compartimento provenían maldiciones ahogadas y golpes, como si el ocupante estuviera saltando. Al oír la cera romperse, las hermanas reunidas redoblaron los aplausos y el olor se acentuó. Flora detectó una molécula de un olor distinto y su cerebro reconoció la señal de la feromona: un macho. ¡Llegaba un macho!

—¡Adoremos su Masculinidad! —gritaron varias voces femeninas cuando cayó una lámina de cera. Les siguieron gritos de alegría conforme salía del agujero la cabeza con penacho de un nuevo zángano.

»¡Adoremos su Masculinidad! —volvieron a gritar las hermanas y corrieron para ayudarlo a salir, apartando la cera ellas mismas y formando una escalera con sus cuerpos.

—Muy alta —dijo él mientras descendía por ella—. Y muy agotador.

Expulsó su olor de zángano a su alrededor, provocando con ello más suspiros y aplausos.

—Bienvenido, adoramos tu Masculinidad. —La hermana Salvia hizo una reverencia. Mientras el resto de abejas hacían lo mismo, Flora miraba con admiración

e intentaba copiar el movimiento—. Es un honor para nuestra colmena —dijo la hermana Salvia cuando se enderezó.

—Muy amable. —Su sonrisa era encantadora y todas las hermanas se la devolvieron, mirándolo con avidez. Estaba arrugado pero era elegante, y parecía muy preocupado por la gola de su cuello. Cuando consiguió ponérsela a su gusto, se inclinó con una floritura. Después, ante el ferviente aplauso de las hermanas, se mostró desde diferentes ángulos, estirando las piernas, hinchando el pelaje e incluso procurando un repentino rugido. Las demás gritaron encantadas, se desplegaron entre sí y se acercaron para ofrecerle pastas y agua.

Flora lo miró comer y beber con la boca seca y un hambre voraz.

—La gula es un pecado, 717. —La hermana Salvia volvía a estar detrás de ella—. Ten cuidado.

Siguió adelante y, antes de que Flora pudiera mirar atrás, al zángano, sus antenas siguieron bruscamente el rastro de olor que la sacerdotisa dejaba. Se apresuró a alcanzarla.

Mientras la seguía, la vibración en el suelo se hizo más intensa, más y más fuerte, como si hubiera algo vivo debajo de ella, la energía corría en todas las direcciones. Sintió un zumbido en sus seis patas, un torrente de información ascendió por su cuerpo hasta su cerebro. Sobrecogida, Flora se detuvo en medio de un gran vestíbulo. Bajo sus patas se extendía un amplio mosaico de baldosas hexagonales, los adornos ocupaban el vestíbulo y continuaban por los pasillos. Un interminable torrente de abejas se cruzó con ellas y el ambiente se impregnó de sonidos.

La hermana Salvia se volvió hacia ella.

—¡Bien! Pareces haber accedido a los códigos de cada rincón. Quédate muy quieta. —Tocó suavemente las antenas de Flora con las suyas.

Una nueva fragancia las envolvió. Flora la absorbió y la confusión que inundaba su cerebro desapareció. Su cuerpo se calmó y el corazón se le llenó de felicidad. El aroma le dio a entender con certeza que ella, Flora 717, era querida.

—¡Madre! —gritó al tiempo que se arrodillaba—. Querida madre.

—No exactamente. —La sacerdotisa pareció agradecida—. Aunque tengo los mismos genes de la nobleza que Su Majestad, mis alabanzas a Sus huevos. Y como la Reina me ha permitido gentilmente que la atienda hoy, he sido merecidamente ensalzada con Su olor. Lo que sientes no es más que una diminuta parte del Amor de la Reina, 717.

La voz de la hermana Salvia parecía provenir de muy lejos y Flora asintió. Mientras el Amor de la Reina fluía por su cuerpo y por su cerebro, las diferentes frecuencias y códigos de las baldosas se esclarecían y le ofrecieron un mapa de la colmena, provisto de información constante. Era fascinante y precioso. Volvió la mirada a la sacerdotisa.

—Sí. Muy receptiva. —La hermana Salvia la miró y después señaló un área del mosaico—. Ponte ahí.

Flora se movió obedientemente, sintiendo las diferentes vibraciones y frecuencias. Colocó las patas para recibir la señal más fuerte y la sacerdotisa la miró con atención.

—Sientes algo, ¿pero lo comprendes?

Flora quería responder que sí, pero su gozo físico la previno de no hablar y tan solo observó. Su silencio hizo que la hermana Salvia se relajase.

—Bien. El conocimiento solo les produce dolor a las de tu grupo.

Conforme seguían caminando, la euforia de Flora se estabilizó y pasó a convertirse en un sentimiento de relajación física y una intensa percepción. Justo ahora apreciaba la bella y elegante forma de la hermana Salvia, cómo su pelaje dorado pálido se extendía en sedosas rayas contra el marrón brillante de sus franjas, que combinaban a la perfección con la sombra de sus seis patas. Unas largas alas translúcidas se replegaban en su espalda y sus antenas culminaban en finas puntas.

Continuaron adentrándose en la colmena, Flora estaba extasiada por las paredes talladas, los frescos de olores antiguos y la hermosa variedad de hermanas. No se percató de los cambios que sufrían las baldosas doradas bajo sus pies —estas se volvían más pálidas— ni de que la sacerdotisa extendió su olor sobre ambas mientras avanzaban por un estrecho pasillo en el que no había vibración.

Solo cuando se detuvieron ante una pequeña puerta se dio cuenta de lo lejos que habían viajado y de que estaba muy hambrienta.

—Pronto —le contestó la hermana Salvia como si hubiera escuchado sus pensamientos. Tocó un panel de la pared y la puerta se abrió.

TRES

La pequeña cámara estaba tranquila y vacía, y un agradable y dulce aroma se filtraba por las paredes. Las pálidas baldosas hexagonales mostraban un amplio camino algo desgastado que conducía hacia el centro de la habitación.

Flora, por si había que captar algún tipo de vibración reveladora, abrió mucho las patas.

—Ha pasado mucho tiempo. —La hermana Salvia estaba de espaldas, pero aun así sabía lo que acababa de hacer Flora—. Mantén la boca cerrada.

Se oyó el sonido de unas patas corriendo y otra abeja irrumpió en la sala. Se detuvo, sorprendida, al ver a la sacerdotisa frente a ella.

—¡Hermana Salvia! No la esperábamos. —Parecía mayor por sus rayas brillantes, pero su pelaje era amarillo y su rostro y sus antenas, afilados. Hizo una reverencia y la hermana Salvia inclinó la cabeza.

—Hermana Cardencha, ¿estás bien?

—No lo dude, tan fuerte y dispuesta como siempre. ¿Por qué? ¿Hay alguien enfermo?

—No, nadie. —La hermana Salvia desvió la atención por un momento a una pared lejana. Flora también la miró. Donde terminaban las baldosas gastadas se apreciaba la forma borrosa de una tercera puerta.

La hermana Cardencha juntó las patas.

—La visita de una sacerdotisa Melissae es siempre un honor... ¿pero no nos ordenó, hermana, impedir el acceso a este lado de la Guardería? Si no, alguien habría venido a recibirla...

—Quería pasar desapercibida. —La hermana Salvia miró el sombrío pasillo por donde había aparecido la hermana Cardencha. Esta aprovechó la oportunidad para mirar a Flora. Alarmada por su clara desaprobación, Flora hizo una torpe reverencia. La hermana Cardencha le golpeó con dureza la rodilla más cercana.

—¡Hacia delante, nunca separadas! —Miró a la hermana Salvia—. ¡Menudo descaro! Por su pelaje mojado imagino que acaba de salir del huevo... No lo entiendo.

—Nos vimos obligadas a esperar hasta que el zángano saliera. Vio esas payasadas allí.

—Oh, ¡un nuevo príncipe! Es un honor para nuestra colmena, ¿era muy guapo? ¿O llegó con el pelaje erizado? Qué ganas tengo de ver...

—Hermana Cardencha, ¿cuántas nodrizas has perdido?

—¿Desde la última inspección? —La hermana Cardencha parecía alarmada—. En comparación con otros departamentos, muy pocas. No somos como las que rebuscan en la basura, nos mantenemos a salvo del mundo exterior y de sus peligros. Pero incluso así nuestro grupo a veces sufre. —Se aclaró la garganta—. Seis, hermana,

desde la última inspección. Me encargué de ellas al mínimo signo de confusión o señal de enfermedad... no corremos ningún riesgo. Y, por supuesto, aquí solo tenemos las abejas más puras, y las más obedientes. —Tosió—. Seis, hermana.

La hermana Salvia asintió.

—¿Y qué has oído de otros departamentos?

—Oh, tan solo chismes, cotilleos sin interés, nada que vaya a repetir...

—Por favor, hazlo. —La hermana Salvia desvió su atención a la hermana Cardencha, su olor flotaba en el aire. Flora miró las baldosas de cera y no se movió. La hermana Cardencha retorció las patas.

—Hermana Salvia, somos muy afortunadas en la Guardería, tenemos mucha comida, nos lo traen todo... no percibimos la escasez, no nos enfrentamos a peligros... —titubeó.

—Venga, hermana. Desahógate. —La hermana Salvia parecía tranquila y amable, y la hermana Cardencha levantó la mirada.

—Dicen que la temporada es lluviosa, que las flores nos rehúyen y que no se reproducen, que las abejas peccadoras (las que salen de la colmena y nos traen el polen y el néctar) caen del aire, nadie sabe por qué, incapaces de volar. —Se tiró del pelaje con nerviosismo—. Dicen que vamos a pasar hambre y que todas las larvas morirán, y mis pequeñas nodrizas están tan preocupadas que temo que olviden... —Sacudió la cabeza—. No es que lo hagan, hermana, se las supervisa estrictamente y siempre se vigilan los turnos... puede matarme si no es así.

—No necesito tu permiso.

La hermana Salvia sonrió y la hermana Cardencha rompió a reír y tomó una de sus patas.

—Oh, hermana Salvia, me sienta muy bien bromear con usted... ahora que le he contado mi preocupación, ya no tengo más miedo.

—Ese es el papel de las *Melissae*: cargar con los miedos para liberar así a la colmena. —Un aroma relajante manó de la hermana Salvia e impregnó la cámara.

—Amén —dijo la hermana Cardencha—. Por el coraje de las del grupo *Cardo*.

—¿Por qué? ¿Qué hacen? —Flora comprendió demasiado tarde que debería haberse mantenido en silencio.

La hermana Cardencha la miró furiosa, olvidando su aflicción.

—¿Habla? ¡Qué imprudencia! Hermana Salvia, por favor, satisfaga mi curiosidad y explíqueme la razón de su presencia. Si es para limpiar, la incluiré en el próximo grupo... pero espero que las limpiadoras no hayan sido dotadas de lenguas para armar alboroto. —Miró a Flora—. Criaturas sucias y escandalosas.

—¿Acaso la hermana Cardencha pone en tela de juicio nuestra resolución?

—No, hermana, nunca. Perdóneme.

—Entonces recuerde que variación no es lo mismo que deformidad.

—La hermana me honra con su excelsa sabiduría, aunque a mi entender ambos términos son uno, el mismo. —La hermana Cardencha se alejó de Flora—. Qué grande es. Y parecerá aún mayor cuando su pelaje se seque, es tan abundante como el de un zángano. Además tiene esas franjas tan negras como un cuervo... no se parece a nada que haya visto antes, gracias a la Madre.

La hermana Salvia se quedó muy quieta.

—Quizás llevas demasiado tiempo trabajando. Y aunque sé que a tu leal corazón le gustaría seguir viviendo,

puede que en el fondo tu espíritu esté agotado, y necesites descanso...

La hermana Cardencha negó con la cabeza, alarmada. La hermana Salvia se volvió hacia Flora.

—Abre la boca, 717, deja que la hermana Cardencha eche un vistazo.

Flora obedeció y la hermana Cardencha se asomó. Miró a la hermana Salvia sorprendida. Después agarró la lengua de Flora y la estiró al máximo antes de dejar que volviera a su lugar.

—¡Ya veo! Es posible, pero con esa lengua...

—Perderá su utilidad cuando sea hora de que se una a su grupo. Y en caso de que persista, me ocuparé personalmente de limpiar su mente de cualquier conocimiento. Pruébala, y si no produce nada échala inmediatamente. — La hermana Salvia miró con amabilidad a Flora—. Este experimento supone un enorme privilegio. ¿Qué me dices?

—Aceptar, obedecer y servir. —Las palabras salieron de la boca de Flora de forma espontánea.

La hermana Cardencha se estremeció.

—Esperemos que sí. ¡Qué fea!

Avergonzada, Flora se volvió hacia la hermana Salvia en busca de apoyo, pero la sacerdotisa había desaparecido.

—Eso hacen. —La hermana Cardencha la miró—. Nunca sabes dónde están, siempre te sorprenden. Ven. —Abrió una puerta y Flora olió un aroma dulce y puro—. Si la hermana Salvia no me hubiera mandado hacer esto expresamente, lo calificaría de sacrilegio. —Empujó a Flora a través de la puerta con una pata—. Acabemos con esto.